

Trasladóse éste inmediatamente á Palos, pequeño puerto de Andalucía, y gracias á sus esfuerzos y á los de los Pinzones, familia de marinos que quiso asociarse á la empresa, en poco tiempo estuvieron dispuestos para la expedición noventa hombres y tres naves tan pequeñas, que Washington Irving, el biógrafo más concienzudo de Colón (6), asegura que dos de ellas no tenían cubierta, y las compara á los buques de río y de costas de nuestra época. La mayor de estas embarcaciones, cuyo mando tomó el Almirante (7), recibió el nombre de *Santa María*; confió el mando de la *Pinta* á Martín Alonso Pinzón, y á Vicente Yáñez Pinzón el de la *Niña*.

Hechos estos preparativos, los expedicionarios se dirigieron en procesión á la iglesia de Santa María de la Rábida, y después de confesarse y comulgar, en la mañana del 3 de agosto de 1492 se hicieron á la vela ante una multitud de espectadores, que entre lágrimas y sollozos los encomendaban al cielo. Colón se dirigió primero á las Canarias, de donde salió el 6 de septiembre para aventurarse en ese Océano misterioso y desconocido, cuyas aguas no había surcado jamás ninguna nave europea.

¡Difícilmente se encontrará en la historia del mundo un espectáculo más conmovedor que el de aquellos noventa hombres, que sin mapas ni derroteros se entregaban en frágiles embarcaciones á merced de las olas, al mando de un aventurero desdeñado en las cortes, y á quien los sabios de Europa llamaban visionario!

Desde los primeros días de navegación conoció el Almirante que eran muy arduas aún las dificultades que le que-

(6) Obra citada, capítulo IX, libro II y apéndice número 15.

(7) Este fué el título que los reyes de España concedieron á Colón en el tratado de Santa Fe, haciéndole además virrey y gobernador de las tierras que descubriese, cuyos títulos y dignidades debían heredar sus descendientes. La suspicacia de Fernando y la ingratitude de sus sucesores impidieron que se cumpliera esta oferta, en que estaba comprometido el honor de la Corona española.

daban por vencer. Luego que se borraron en el lejano horizonte las últimas señales de tierra, sus compañeros de aventura entraron en tal desaliento, que muchos de ellos prorrumpieron en lágrimas. Figurábanse ya perdidos en los desiertos del Océano, tragados por las ondas ó tostados en la Zona Tórrida, y temían no volver á pisar jamás las costas de su querida España. Colón, que había ya discutido con los sabios su teoría, reanudó, por decirlo así, sus discursos de Salamanca para desvanecer los temores de sus oyentes, que por su ignorancia en la Teología podían ser mas dóciles que los doctores portugueses y salamanquinos.

¡Vana esperanza! Mientras más se avanzaba hacia el Oeste, rumbo que había tomado la flota desde las Canarias, era mayor el desaliento y la impaciencia que reinaban á bordo. El menor contratiempo que acontecía en la navegación aumentaba la desconfianza, no de Colón, que permaneció siempre tranquilo, sino de sus compañeros, que pocos días antes se manifestaban tan animosos en Palos. Pero lo que puso el colmo á la consternación de los viajeros, fué la desviación de la aguja de marear, que se aumentaba á medida que se adelantaba en el Océano, y cuyo fenómeno aun no ha podido explicar satisfactoriamente la Ciencia. Sin embargo, Colón inventó una explicación ingeniosa, aunque él mismo debía estar sobresaltado; renovó sus discursos y comenzó á ocultar la verdadera distancia que los separaba de Europa, estratagema que observó hasta el fin del viaje. Habló á sus compañeros de la gloria que les resultaría de descubrir unos países en que jamás había puesto la planta ningún europeo; les recordó que iban á plantar la insignia de la Cruz en regiones donde jamás se había predicado el Cristianismo, y sobre todo les pintó con muy vivos colores el oro, las piedras preciosas y todo género de riquezas que les aguardaban del otro lado del Atlántico.

Pero pasaban los días, los fenómenos se multiplicaban y la tierra prometida no parecía. Los viajeros, con muy po-

cas excepciones, pasaron de las lágrimas á las amenazas y de éstas á la insubordinación. Formábanse corrillos en que se tildaba á Colón de loco, ó cuando menos de temerario; se le acusaba de que, como extranjero, le importaba poco sacrificar en una empresa descabellada á los súbditos del rey de España, y se argüía que podían ya volverse á Europa sin menoscabo de su reputación, puesto que habían llegado á un punto del Océano no visitado jamás por embarcación alguna. Hubo quien propuso arrojar al mar al Almirante, para tornar con las naves á la madre patria, asegurando que allí nadie se ocuparía de averiguar el paradero de un impostor que había sorprendido á SS. AA. (8) con su imaginada ciencia.

Por último, los más resueltos de los descontentos se reunieron un día sobre la cubierta de la capitana, y con palabras descompuestas é irrespetuosas le intimaron que tomase la vuelta de España. Colón intentó pronunciar uno de esos discursos con que tantas veces los había calmado; pero los sediciosos le interrumpieron, gritando que estaban ya cansados de vanas promesas y que se hallaban dispuestos á todo, si no accedía inmediatamente á su justa petición. Este fué acaso el momento de mayor ansiedad y tribulación que tuvo Colón durante su vida. Con esa intuición de que la Providencia le había dotado para que pudiese llevar á cabo su gloriosa empresa, adivinaba que las tierras que buscaba no podían estar muy lejanas. Además, las señales de esta proximidad comenzaban á manifestarse. Bandadas de pájaros volaban hacia el Suroeste; cañas y ramas de árboles flotaban sobre el agua, y la sondalesca tocaba ya fondo. Hizo entonces una transacción con los amotinados; les exigió que le siguiesen y le obedeciesen durante tres días, y les prometió solemnemente que si

(8) El tratamiento de *Majestad* no comenzó á darse á los reyes de España sino hasta la época de Carlos V.

transcurrido este plazo no divisaban tierra, tomarían todos juntos la vuelta de Europa.

Una noche en que Colón consultaba sus mapas y manuscritos en el castillo de popa de la *Santa María*, creyó ver una luz que aparecía y desaparecía á intervalos, como si fuese conducida por un terreno quebrado. El corazón le dió un vuelco; pero temeroso de equivocarse—porque no era la primera alucinación de este género que acontecía á bordo—llamó á tres ó cuatro personas para enseñarles la luz. Mientras éstas se ocupaban en rectificar la visión del Almirante, la flota toda se conmovió, como por un golpe eléctrico, al grito de ¡*Tierra!* lanzado desde la *Pinta*.

A la mañana siguiente, cuando el primer crepúsculo de la aurora comenzaba á disipar las tinieblas de la noche, los viajeros, que habían permanecido muchas horas en vela, lanzaron un grito de admiración y de gozo, uno de esos gritos que muy pocas veces modula la voz humana, contemplando la hermosa realidad que se desarrollaba delante de sus ojos. Allí, á seis millas de distancia de la nave, surgía de entre las aguas del mar una isla fresca, virgen, lozana, y que parecía aún más bella que las más bellas comarcas de la Europa. El *Te-Deum*, ese cántico que la Iglesia católica ha reservado para las grandes ocasiones, salió al mismo tiempo y espontáneamente de todos los labios; porque el primer impulso del hombre, cuando siente el corazón henchido de gozo, es elevar un himno de gratitud al Hacedor de la Naturaleza, dispensador de todos los beneficios.

Pasadas estas primeras expansiones, los ojos de los viajeros se volvieron á Colón, entre confusos y suplicantes, y los sediciosos de ayer, los murmuradores de los días anteriores, todos, en fin, cayeron á los pies de aquel hombre extraordinario, rogándole que perdonase su falta de fe y olvidase sus extravíos. El aventurero, el visionario, el extranjero, adquirió á sus ojos proporciones colosales, y le consideraron desde este instante como uno de esos ins-

trumentos de que de tarde en tarde se vale la Providencia para ejecutar sus grandes designios. Colón los perdonó á todos y los invitó á pasar á la isla, cuyas costas empezaban á llenarse de desnudos americanos. El fué el primer europeo que puso los pies en el Nuevo Mundo, y después de besar la tierra que acababa de descubrir, tomó posesión de ella en nombre de los reyes de España.

Tenían lugar estos acontecimientos el 12 de octubre de 1492, día para siempre memorable en los anales del género humano.

La primera isla que descubrió Colón era una de las *Lucayas* ó *Bahamas*. Dióle el nombre de *San Salvador*, y pareciéndole de poca importancia por el reconocimiento que practicó de ella, se hizo de nuevo á la vela en busca de esos países de que Marco Polo y otros viajeros hacían descripciones tan seductoras, y de las cuales creía no estar muy distante. Descubrió algunas otras islas de tan poca importancia, que apenas las visitó; pero el descubrimiento de *Cuba* y *Santo Domingo* le hizo creer por algún tiempo que había llegado al término de sus constantes afanes. En esta última, habiendo preguntado á los naturales de dónde extraían el oro con que se adornaban, señalaron con el dedo un país, al cual daban el nombre de *Cibao*. Este nombre exaltó la imaginación del Almirante, creyéndole una corrupción de *Zimpango*, que, como se recordará, era el nombre dado por Marco Polo á una isla opulenta situada en las inmediaciones de la costa oriental del Asia. Pensaba ya Colón visitar á *Cibao*, cuando perdió en una tormenta la *Santa Maria*, y esta desgracia le obligó á volver á España.

Honda sensación causó en toda la Europa la noticia de que se habían descubierto ricos y hermosos países al extremo opuesto del Atlántico. Ignorábase aún la importancia del descubrimiento, porque el mismo Colón creía no haber hallado mas que las islas situadas al oriente del Asia, y aun se imaginaba que Cuba podía ser una parte extrema de

aquel continente. Sin embargo, la corte de España, que quedó extasiada ante el oro y otras producciones que trajo consigo Colón, imaginó luego un arbitrio para que nadie pudiese disputarle en lo sucesivo la posesión de las islas descubiertas y de las que se descubriesen en adelante.

Según las ideas de la época, ideas que el Pontificado cuidaba de enseñar y de practicar cuantas veces se presentaba la ocasión, el Papa, como representante de la Divinidad en la tierra, ejercía un derecho incontestable de soberanía sobre todos los países del globo. En virtud de este pretendido derecho, el pontífice Eugenio IV había concedido en 1438 á la Corona de Portugal el dominio de los países situados desde el cabo *Non* hasta el continente de la India. Fernando é Isabel, que tenían noticia de esta concesión, ocurrieron á la Santa Sede pidiendo el señorío de las tierras que acababan de descubrir y que en adelante descubriesen sus vasallos, comprometiéndose á enviar misioneros que predicasen y extendiesen en ellas la religión católica. Alejandro VI, que ocupaba á la sazón el trono de San Pedro, y que, como aragonés, era súbdito de Fernando, no vaciló un momento en acceder á la solicitud; pero para que esta espléndida donación no perjudicase á la que se había hecho á la corte de Lisboa, S. S. tiró una línea imaginaria de un polo á otro de la Tierra, que debía pasar cien leguas al oeste de las *Azores*, mandando que todos los países que se encontraran al oriente de esta línea perteneciesen al Portugal, y los que se descubriesen al poniente, á la España. Es conocida con el nombre de *Inter cœtera* la bula en que se hizo esta distribución del mundo entre dos de las naciones más pequeñas de Europa, y la colocamos en el Apéndice como un monumento que caracteriza admirablemente la época en que se expidió (9).

(9) Véase al fin del tomo el documento número 1 del apéndice correspondiente á este libro.

Parapetados los reyes de España con esta bula, que los americanos del siglo XIX hemos tenido la gloria de rasgar, se prepararon á continuar sus descubrimientos. El mismo Cristóbal Colón hizo tres viajes más al Nuevo Mundo, desde el año siguiente de 1493 hasta el de 1502, en los cuales descubrió, entre otras islas, las llamadas *Antillas* y el continente meridional, cuyas costas recorrió desde la embocadura del Oricono hasta Caracas. En su cuarto y último viaje estuvo tan á pique de descubrir Yucatán, que las circunstancias en que éste se verificó pertenecen, hasta cierto punto, á la historia de la Península.

Navegando al suroeste de Cuba, descubrió el 30 de julio de 1502 un grupo de islas que los naturales llamaron *Guanajas*. Desembarcó en una de ellas, muy poblada de robustos *pinos*, cuyo nombre dió á la isla. Descansando á la sombra de estos hermosos árboles, vió venir una canoa, cuyo grandor le sorprendió, y que sólo podía venir de Yucatán, así por la corta distancia que hay de las *Guanajas* á la Península, como por el rumbo que traía (10).

La primera impresión que los yucatecos hicieron en los europeos fué, desde luego, muy favorable. Cuando la canoa se hubo acercado lo bastante para reconocerla, los españoles notaron con admiración que, aunque estaba hecha de una sola pieza, como todas las embarcaciones americanas que habían visto, tenía una capacidad extraordinaria, pues medía ocho pies de ancho y era larga como una galera. Alzábase en el centro una rústica construcción, cubierta de palmas, que cerraba la entrada á la lluvia y á los rayos del sol. Ocupaba esta especie de cámara un cacique indio que viajaba con su familia, y que se permitía el lujo de traer consigo veinticuatro remeros, que hacían volar su navecilla sobre las aguas del mar. No manifestaron ningún

(10) WASHINGTON IRVING, obra citada, libro XV, capítulo II.—COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro I, capítulo I.

temor á la vista de los españoles y de sus naves, ni empuñaron sus armas para manifestar desconfianza. Lejos de esto, metieron su canoa entre la flota para mirar de cerca aquel espectáculo, tan nuevo para ellos.

Colón, que se había vuelto á embarcar, los invitó á pasar á la capitana, y ellos accedieron de muy buena voluntad. Entonces pudo examinarlos con detenimiento. Tenían la frente más elevada que cuantos habían visto hasta allí. A diferencia también de los indios de otras islas, que andaban desnudos, éstos gastaban el traje yucateco que hemos descrito en otra parte. El pintoresco vestido de las mujeres llamó fuertemente su atención, y las tocas que traían á la cabeza las comparan los historiadores á los mantos con que se cubrían las moras de Granada. También llamaron mucho su atención varios objetos que traían los yucatecos para su uso, ó para comerciar en la isla, y que por primera vez veían los españoles. Estos eran, entre otros, el cacao, las primorosas tortillas de maíz y las diversas bebidas que hacían de este cereal, sus espadas de madera y pedernal, sus hachas de cobre, sus vasos y utensilios de barro, curiosamente labrados, y sus tejidos de algodón, casi tan suaves como la seda y adornados de vivísimos colores.

Colón hubiera querido visitar el país de estos indios, que parecían ser los más civilizados de América, y cuyo idioma no entendían sus intérpretes; pero preocupado con su idea favorita de ir á la India Oriental, y creyendo que este viaje le separaría mucho del estrecho que buscaba para pasar al Océano Índico, despidió á sus huéspedes, quedándose con un anciano, que parecía el más despejado de todos, y continuó su viaje hasta la costa de Honduras.

No fué ésta la única noticia que los europeos tuvieron de Yucatán antes de su formal descubrimiento. En 1506 volvió á surgir del misterio en que permanecía envuelta esta tierra encantada, que debía conducir á los españoles al opulento Imperio de Moctezuma.

Durante el tercer viaje de Colón, y cuando las perlas de la costa de Paria empezaron á despertar más que nunca en Europa la ambición de pasar al Nuevo Mundo, la corte de España se propuso conceder licencias particulares para hacer nuevos descubrimientos, bajo las bases que fijaba. Uno de los que alcanzaron un permiso de esta naturaleza fué Vicente Yáñez Pinzón, que, como recordará el lector, tuvo el mando de la *Niña* en el primer viaje hecho á este hemisferio. Por ciertas desavenencias que hubo entre Colón y los Pinzones, éstos no siguieron al Almirante en sus expediciones subsecuentes. Martín Alonso había ya bajado á la tumba; pero Vicente Yáñez, luego que se abrió la puerta á las empresas particulares, se lanzó al Océano en busca de una fortuna que nunca pudo encontrar. En el segundo viaje que hizo en 1506, en compañía de Juan Díaz de Solís, se propusieron ambos buscar el estrecho que, según Colón, debía unir el mar del Sur con el Atlántico. No existiendo este estrecho, el viaje tuvo, necesariamente, mal éxito (11); pero habiendo llegado á las *Guanajas*, y navegando al Occidente, descubrieron la costa oriental de Yucatán (12), que ni visitaron ni exploraron entonces, seguramente porque su viaje no tenía más objeto que el de buscar el estrecho.

(11) WASHINGTON IRVING, *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, artículo *Vicente Yáñez Pinzón*, en la nota del fin.

(12) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro I, capítulo I.—PRESCOTT, *Historia de la conquista de México*, libro II, capítulo I, nota 10, quien cita á HERRERA, *Historia general*, década 1.ª, libro VI, capítulo XVII.

CAPÍTULO II

1511-1519

Quiénes fueron los primeros españoles que aportaron á Yucatán.—Con qué motivo.—Desgraciada suerte que les cupo.—Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar sobreviven á sus compañeros.—Aventuras de ambos.—Vuelta del último á la vida civilizada.

El *Darién*, una de las primeras colonias establecidas por los españoles en el continente americano, fué desde su fundación teatro de los más escandalosos sucesos. Los aventureros que la poblaban se hallaban siempre divididos en bandos, que tenían por objeto alcanzar el gobierno de la provincia, medio el más pronto y seguro de enriquecerse. Hacia el año 1511 logró al fin triunfar de todos sus competidores Vasco Núñez de Balboa, el futuro descubridor del Pacífico, que ciertamente tenía un mérito sobresaliente para ocupar el alto puesto á que fué elevado. Pero como el último de sus enemigos acababa de embarcarse para la *Española*, donde aun podía hacerle la guerra, imaginó enviar á aquella isla un comisionado que pudiera defender con celo su causa. Fijóse para esta importante misión en un regidor del Darién, llamado Valdivia, á quien confió documentos importantes y una fuerte suma de oro, elemento muy indispensable entonces para mover cualquier asunto del Nuevo Mundo, por insignificante que fuese.

Valdivia se embarcó en una carabela que llevaba veinte